

Raúl Anguiano o la presencia del alma

José Luis Cardona E.

amplió sobradamente el breve comentario que en 1958 había dedicado al pintor jalisciense y que en esa ocasión se había concretado a cuatro líneas: "...También son de gran calidad las litografías de Raúl Anguiano, como lo prueba en su álbum de *Dichos populares* ('La Estampa Mexicana', 1939)". Cierto es que en este libro, Fernández hace un repaso muy amplio de prácticamente todo el arte mexicano hasta la publicación de la obra.

n el libro Raúl Anguiano¹, Justino Fernández

En el libro publicado 25 años después hay un fragmento que, a pesar de ser un poco largo, merece ser recuperado: "...Uno de los méritos de Anguiano, y no el menor, consiste en su actitud frente a las corrientes extremistas y unilaterales del arte contemporáneo, pues, aprovechando su sentido más profundo y constructivo, no se ha dejado arrastrar en definitiva por ninguna, sino más bien, con sano juicio, ha comprendido la necesidad de buscarse a sí mismo y de emprender el amplio camino de las disciplinas fundamentales..."

Tal vez se trate de la reimpresión de un texto que data de años atrás al referido, debido a lo impreciso de la ficha incluida en el libro que es el motivo de estas notas. Se trata de Raúl Anguiano, remembranzas, que la Universidad Autónoma del Estado de México acaba de imprimir –apenas en junio de este año—y cuya autoría (rara autoría) se debe a Jorge Toribio, quien presenta un conjunto de textos seleccionados de lo que suponemos es una o varias entrevistas a Anguiano (1915) y, de ahí el calificativo, que son presentadas en primera persona.

Dice Toribio en la introducción que decidió "transcribir lo más fidedignamente posible sus comentarios (los del pintor), y eliminar los míos; de tal manera que parecerá que el maestro se puso a escribir sus recuerdos". El resultado tiene entonces las ventajas y desventajas que este modo de trabajar implica, y que más adelante resumiremos.

Una vida en la que el que cambia permanece

Las dos generaciones anteriores a la de Anguiano y la suya siguen dando materia para la reflexión, el análisis de los especialistas, el aprendizaje de los artistas plásticos y grabadores jóvenes o no tanto y, lo que para el observador y el lector es más importante, el hallazgo.

Una prueba sencilla pero ilustrativa son algunas de las colaboraciones que la crítica de arte Raquel Tibol ha dedicado a publicaciones y acontecimientos recientes (*Proceso*, Nos. 946,

960, 966), como lo son, respectivamente, la edición facsimilar de los 16 números de la revista *Frente a Frente*, órgano de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR) y que vieron la luz, de manera irregular, entre 1934 y 1938; la aparición de *Leopoldo Méndez*, el oficio de grabar, con introducción de Francisco Reyes Palma, y la exhibición en el Museo de San Carlos de la acuarela *En el burdel*, de José Clemente Orozco, previa a la subasta de la obra en la casa Sotheby's de Nueva York, programada para el 17 de mayo. La misma revista publicó en su número 972 una muy buena entrevista con Juan Soriano, a propósito de la amistad del artista con el poeta Octavio Paz y que está salpicada de anécdotas interesantes, algunas relacionadas con la LEAR, provocadas por el tino periodístico de Héctor Rivera.

A ese mundo referido en estos textos remite en muchos momentos la memoria de Anguiano, pintor, muralista, grabador, dibujante, escultor y, desde luego, memorioso.



José Luis Cardona Estrada. Periodista y sociólogo. Egresado de la UAEM. Ha publicado en diversos medios informativos.

Al dejar Jorge Toribio la voz al artista y redactar con un sentido muy libre, prácticamente oral, los recuerdos de Anguiano, ha logrado un libro ameno e interesante, destinado principalmente al lector no especializado, pero asaz atractivo para los conocedores del desarrollo de las artes plásticas en lo que va del siglo.

Como alguna vez dijo el escritor Alfonso Sánchez Arteche al referirse a los libros de periodistas tan destacados como Julio Scherer, el de Toribio-Anguiano es ameno porque es chismoso -en el mejor sentido de la expresión. Es decir, hay sabrosura en la anécdota y las páginas se van poblando de nombres famosos y de detalles divertidos y quizá poco conocidos, de artistas plásticos, escritores, políticos, antropólogos, etcétera.

Anguiano pertenece pues a una generación brillante, la de José Chávez Morado, Julio Castellanos, Jesús Guerrero Galván, Alfredo Zalce, Jorge González Camarena y Guillermo Meza. Esta clasificación que es del mismo pintor, está matizada con el argumento de que a pesar de las coincidencias, las diferencias son notables, y viceversa.

En la ronda de las generaciones, cada uno supo conservar y cambiar. De muy pocos se puede hablar de acartonamiento. En la primera, Anguiano incluye a Rivera, Siqueiros y Orozco, el Dr. Atl, Montenegro y, oh sorpresa, a Tamayo, que estuvo tan distante de los dos primeros mencionados como (hay que buscar un buen ejemplo) Plutón del Sol.

Volviendo al juicio de Justino Fernández, habrá que decir que Anguiano tiene deudas tan disímiles como Saturnino Herrán y Francisco Goitia, Orozco y Giorgio de Chirico, o sea, de la Escuela Mexicana de Pintura al surrealismo, para desembocar en lo que el pintor denomina realismo objetivo y el crítico citado "naturalismo".

Raúl Anguiano no es así un sobreviviente de sí mismo y de sus influencias, sino un buscador que ha terminado por crear una obra ricamente sustentada en el encuentro del alma, lo que no sólo ha logrado en sus retratos, sino en sus trabajos dedicados a los indios, en sus murales, grabados y el dibujo.

Yo creo en mí, ¿hace falta algo más?

Estas remembranzas de Anguiano están dictadas por esa urgencia, que más tarde o más temprano aparece en todos, de reflexionar sobre lo hecho. No importa si la distancia que dan los años es la adecuada, lo relevante es plasmar otra forma del testimonio.

La memoria se mueve desde las relaciones con otros pintores, la LEAR y el importantísimo Taller de la Gráfica Popular o el Frente Nacional de las Artes Plásticas, hasta una entrevista concedida al arqueólogo Matos, las relaciones con escritores e intelectuales, los comentarios a "algunas de mis pinturas más famosas de caballete", "mi obra muralista" y el contacto del pintor con el mundo indígena (del que tiene un profundo conocimiento, sustentado en el estudio histórico), para llegar a las anécdotas puras, las que se cuentan sólo por contarse y para citarse a sí mismo. Ah, e incluso hay un lugar para las mujeres, que incluye los senos de nácar de Pita Amor.

Anguiano por sí mismo, a través de sí mismo y con el auxilio -quién sabe qué tan determinante-de Jorge Toribio. La vigencia cierta del artista está, sin embargo, más allá del recuerdo. No es dato menor que el libro de Español de cuarto grado de primaria

tenga en la portada *La espina*, creado en 1952. Anguiano dice mucho más de sí con su obra que con los textos que reseñamos, sin que ello demerite su publicación, pues, hay que insistir, acerca al lector con el artista, luego de que su obra de caballete está dispersa por diversas partes ya no digamos de México, sino del mundo.

De sus murales se ha estudiado la inspiración del periodo cardenista, con la escuela socialista, de la que el pintor hace juicios ahora distantes, y sus trabajos de los años sesenta, en los que se aparece destacadamente *La creación del hombre en el mundo maya*, pintado en el Museo Nacional de Antropología³. En color, volúmenes y cosmovisión, se puede apreciar a un Anguiano que supo evolucionar. Logros, aciertos y belleza hay en toda su obra, cuál más, cuál menos.

El libro tiene contenido y está aderezado por una sección de fotografías en blanco y negro. Las erratas son pocas, pero sustanciosas (el ideal del libro sin ellas sigue siendo eso). Faltan datos sobre Jorge Toribio, pero, otro aspecto importante, la UAEM celebra de este modo los primeros 80 años de Anguiano, quien expuso recientemente en la Galería Universitaria, para mérito del Alma Mater.

Viajero, como otros pintores de su generación, a Anguiano y a los apuntes que ha tomado durante años por las zonas indígenas, las ciudades y la geografía humana, el paisaje y la imaginación tan realista de su obra, les viene bien lo que Chávez Morado describió como los viajes sobre el papel: "El lápiz se desliza sobre el papel, en la hoja va dejando el testimonio de aquello que ven los ojos. El viajero pretende captar, apoderarse de la visión fugaz de un sitio, de un paisaje, de los pueblos y su gente; él sabe que esta imagen no es fiel, pero es la suya, en la que se funden el viaje exterior y el que hace dentro de sí"."

Lo mismo se puede decir de estas remembranzas, frescas en la memoria de quien ha conseguido su alma para sí. Δ

Toribio, Jorge, Raul Anguiano, remembranzas, Toluca, Méx., UAEM, Col. Arte y Artistas, No. 1, 1995, 132 p.+50.

Notas

- 1. Justino Fernández, Raúl Anguiano, Méx., Edamex, 1983, p. 32.
- Justino Fernández, Arte mexicano/Desde sus origenes hasta nuestros dias, Méx., Porrúa, 6a. ed. (1a. 1958), 1984, p. 177.
- Cfr. Historia del arte mexicano, Méx., SEP/INBA-Salvat, t. 12, 1982, pp. 111-113.
- José Chávez Morado, Apuntes de mi libreta, Méx., Ediciones de Cultura Popular, 1979, p. 35.